

Cordelia

Volumen II

Julio de 1913

Número 11

Publicación mensual
dedicada a la mujer costarricense.

Director,
José Fabio Garnier



MADAMA DE SEVIGNÉ

Retrato de Madama de Sevigné

Todos los que se ponen a pintar las bellas se matan por embellecerlas y por agradarlas, y no osarían decirles una sola palabra de sus defectos. En cuanto a mí, señora, gracias al privilegio de *desconocido*, (1) que cerca de V. gozo, voy a pintaros atrevidamente y a deciros vuestras verdades bien a mi gusto, sin temor de atraerme vuestra cólera. Estoy desesperado de no tener más que cosas agradables que deciros; pues sería un gran placer para mí si después de haberos reprochado mil defectos, me viese este invierno tan bien recibido de vos como de mil gentes que no han hecho en toda su vida más que importunaros con sus alabanzas; yo no quiero agobiaros de ellas ni divertirme en deciros que vuestro talle es admirable, que vuestra tez tiene una belleza y una flor, que os aseguran no tener más que veinte años; que vuestra boca, vuestros dientes y vuestro cabello son incomparables. Yo no quiero deciros todas estas cosas; vuestro espejo las dice bastante, pero como vos no podéis divertirlos en hablarle, él no puede deciros cuán amable sois cuando habláis, y esto es lo que yo quiero hacerlos saber.

Sabed pues, señora, si por casualidad no lo sabéis, que vuestro espíritu adorna y embellece tanto vuestra persona, que no hay otro sobre la tierra tan encantador cuando estáis animada en una conversación, donde la etiqueta está desterrada. Todo lo que decís tiene tal encanto y os sienta tan bien, que vuestras palabras atraen las risas y gracias a vuestro rededor; y el brillante de vuestro espíritu da un brillo tan grande a vuestra tez y a vuestros ojos, que aunque parece que el ingenio no debe tocar más que a los oídos, es sin embargo cierto que el vuestro deslumbra los ojos, y que cuando se os escucha no se ve ya que falte algo a la regularidad de vuestras facciones y se os concede la belleza más acabada del mundo.

Pero yo quiero todavía hacerlos ver, señora, que no conozco menos las cualidades sólidas que en vos existen que las cualidades agradables de las cuales se es admirador. Vuestra alma es grande, noble,

propia a dispensar tesoros e incapaz de bajarse a recogerlos. Sois sensible a la gloria y a la ambición, y no lo sois menos al placer: parecéis nacida para ello, y parece que ellos son hechos para vos; vuestra presencia aumenta las diversiones, y las diversiones aumentan vuestra belleza cuando os rodean.

En fin, la alegría es el estado verdadero de vuestra alma y la pena os es más contraria que a nadie. Sois naturalmente tierna y apasionada; pero para vergüenza de nuestro sexo, esta ternura os ha sido inútil y la habéis encerrado en el vuestro, dándosela a Mad. de La Fayette.

Ah! Señora! Si hubiese alguien en el mundo bastante feliz para que vos no le hubieseis encontrado indigno del tesoro de que ella goza y que él no hubiese apelado a todos los medios para poseerle, merecería sufrir solo todas las desgracias a que el amor puede someter a los que viven bajo su imperio. Que felicidad ser el dueño de un corazón como el vuestro, cuyos sentimientos fuesen explicados por ese ingenio galante que los dioses os han dado! Vuestro corazón, señora, es sin duda un bien que no puede merecerse; jamás hubo uno tan generoso, tan bien hecho y tan fiel. Hay gentes que os acusan de mostrarle siempre tal cual es; pero al contrario, estáis tan acostumbrada a no sentir nada que no sea honroso, que vos misma dejáis ver algunas veces lo que la prudencia os obligaría a ocultar. Sois la persona más atenta y más bien educada que haya existido jamás; y por un aire libre y dulce que existe en todas vuestras acciones, los cumplimientos más sencillos parecen en vuestra boca protestas de amistad; y todas las gentes que se separan de vuestro lado se van persuadidas de vuestra estima y de vuestra benevolencia, sin que puedan decirse a sí mismo que pruebas les habéis dado ni de la una ni de la otra.

En fin, habéis recibido gracias del cielo que no han sido dadas más que a vos, y el mundo os está obligado de haberle venido a mostrar mil agradables cualidades que hasta ahora le habían sido desconocidas. No quiero embarcarme en pintarlas todas, pues rompería el designio que he formado de no agobiaros de alabanzas...

MADAMA DE LA FAYETTE

(1) Madama de Sevigné dice, en su carta de 19 de diciembre de 1675, que este retrato fué escrito por Mad. de La Fayette hacia el año 1659. Época en que ella tenía treinta años.

CORDELIA

Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense

SUMARIO del número 11

Madama de Sevigné (con retrato)	Mad. de Lafayette
Carta	Mad. de Sevigné
Mujeres ideales: Sita	Carlos Gagini
Espirales	María F. de Tinoco
Influencia de las artes	Austelina Salas
En un cumpleaños	Ester Ortiz
Las mujeres y la vida	Fanny Pouchan
De la escuela	Matilde Bonnefil
Una fotografía	Bruna
Los lieder	Delfina M. de Bastianini

Carta

A madame de Grignan

Montelimar,

jueves 5 de octubre de 1673

He aquí un terrible día ⁽¹⁾ mi querida hija; te confieso que no puedo más. Te he dejado en un estado que aumenta mi dolor. Pienso en todos los pasos que das y en todos los que yo doy; y veo cuán imposible es que marchando siempre de esta suerte podamos jamás encontrarlos. Mi corazón está en reposo cuando está cerca de ti: este es un estado natural y el solo que puede agradarle. Lo que ha pasado esta mañana, me causa un dolor sensible y un desgarramiento del cual tu filosoffa sabe las razones; los he sentido y los sentiré largo tiempo. Tengo el corazón y la imaginación llenos de ti; no puedo pensar en ellos sin llorar y pienso siempre; de suerte que el estado en que estoy no

es una cosa sostenible; como es tan extremo yo espero que no durará en esta violencia. Yo te busco siempre y encuentro que todo me falta porque me faltas tú. Mis ojos que te han encontrado tanto desde hace catorce meses, no te encuentran ya. el tiempo agradable que ha pasado hace que este sea doloroso, hasta que esté un poco acostumbrada a el; pero no será jamás bastante para no desear ardientemente volverte a ver y abrazarte. No debo esperar nada mejor del porvenir que del pasado: yo se lo que tu ausencia me ha hecho sufrir; seré todavía más digna de compasión porque me he hecho imprudentemente una costumbre necesaria de verte. Me parece que no te he abrazado bastante al partir. No te he dicho bastante cuán contenta estoy de tu ternura; no te he recomendado bastante a Mr. Grignan; no le he dado las suficientes gracias por sus atenciones y por la amistad que tiene por mi; yo esperaré los efectos de

(1) Era el mismo día de su partida de Grignan para París.

todos estos capítulos: hay algunos en que el tiene mayor interés que yo, aun cuando yo esté más conmovida que el. Estoy ya devorada de curiosidad; no espero consuelo mas que de tus cartas que aún me harán suspirar mucho. En una palabra, hija mía: no vivo mas que para tí. Dios me haga la gracia de amarme algún día, como yo te amo. Yo pienso en los *Pichons*; estoy saturada de los Grignan; los veo por todas partes. Jamás ha habido un viaje tan triste como el nuestro;

no hablamos una palabra. Adiós, mi querida hija; ámame siempre. Ay! Ya hemos vuelto otra vez a las cartas! Asegura al señor Arzobispo de mi respeto muy tierno y abraza al coadyutor; yo te recomiendo a el. Todavía hemos comido a tus expensas.

Mr. de Saint Geniez viene a consolarme. Hija mía, compadéceme de haberte dejado.

MARÍA DE RABUTÍN-CHANTAL
Marquesa de Sevigné.

Mujeres ideales

Sita (*)

Rama, el héroe de espaldas de león, entra cabizbajo en el aposento de su bella esposa Sita, el día en que debe ser ungido como rey de Ayodya y recibir el cetro de manos de su padre Dasarata.—«Que es eso, Rama?—pregunta ella anhelante:—por que no cantan los poetas y los vates oficiales y los panegiristas de voz elocuente, en el momento en que vas a ser consagrado rey de la juventud?» El hijo de Kaosalya respondió:—«Tu que naciste en el seno de una familia de reyes santos; tu, conocedora profunda del deber; tu, cuya palabra es la palabra de la verdad, revístete de toda tu firmeza, noble mitilana. En otro tiempo el rey Dasarata, sincero en sus promesas, en agradecimiento a un servicio de Kekeyi, una de sus esposas mas queridas, concedióle dos gracias. Requerido de improviso a cumplir su palabra en el preciso mo-

mento en que todo estaba dispuesto para mi coronación, mi padre ha procedido como hombre que conoce sus deberes.

Bharata, el hijo de Kekeyi, ceñirá hoy la corona y yo habitaré catorce años en los bosques. Próximo a partir para el destierro, vengo a decirte adiós. Busca sostén en tu firmeza y accede a que me vaya. Habita en el palacio de mis padres hasta que yo vuelva. Cumple con ellos los deberes de la mas respetuosa obediencia, y que tu sentimiento por mi destierro no te lleve nunca a elogiarme delante de Bharata. Debes igualmente, amada Sita, obedecer a mi buena madre, abrumada por el peso de los años y por mi destierro.»

La bella Sita contestó:—«Te se-

(*) Heroína de la epopeya sánscrita *El Ramayana*, escrita probablemente en el siglo X antes de J. C.

güiré adonde vayas. Sin ti no quiero habitar ni el cielo, lo juro por tu amor y por tu vida, noble hijo de Ragú. Tu eres mi señor, mi *guru*, mi estrella, mi Dios; iré, pues, contigo: estoy resuelta. Habitaré en el solitario bosque, dichosa de encontrar asilo a tus pies y contenta de pasar mis días, dichosa como en el palacio de Indra. Millares de años allí, a tu lado, parecerán a mi alma mas breves que un solo día. El paraíso sin ti me sería odioso; el infierno contigo me parecerá el cielo.»

Y trocados sus resplandecientes trajes por el tosco hábito de los anacoretas, la enamorada pareja se interna en las gigantescas selvas de la India, y allí, lejos del mundo, en la choza construída por sus manos, viven felices porque se aman sinceramente.

En vano Bharata, disgustado por lo que en su ausencia hizo Kekeyi, llega con un poderoso ejército en busca de su hermano para instarle a que ocupe el trono. El noble Rama, fiel a su palabra, no volverá a Ayodya hasta que se cumplan los catorce años. En los bosques no tiene vestiduras preciosas, ni delicados manjares, ni vajilla de oro, ni criados; pero tiene algo que vale mas que todas las pompas mundanas: tiene a Sita.

Pero ay! Ravana, el rey de Lanka, el demonio decacéfalo, ve a la hermosa princesa, se prende de ella, la rapta, valiéndose de ingeniosa estratagema, y la conduce a su capital, en la isla de Ceilán.

A la voz de Rama los pueblos se arman para ayudar al ragüida a recobrar su esposa; los Monos aliados ciegan con peñascos el canal, Lanka es tomada, Ravana perece a manos de Rama, y Sita vuelve al lado de su marido. Mas, cuando ri-

camente ataviada y palpitante de emoción se hace llevar ante el; cuando ruborizada al ver los ojos de miles de soldados fijos en ella, trata de ocultarse en su litera, oye la voz de Rama, semejante al trueno:—«No son las casas, ni los vestidos, ni el recinto cercado de un serrallo los que ponen a una mujer al abrigo de las miradas: el velo de la mujer es la virtud de la esposa.»

Ni una palabra para ella, ni una mirada! Todos palidecen al ver el ceño de Rama y sienten compasión por Sita, que parece un ramillete de flores marchitas, arrojadas por su dueño. Ella lo comprende todo: el héroe está celoso, desconfía de su virtud, la cree capaz de haber olvidado sus deberes en el largo tiempo que estuvo en poder de su odioso raptor: y la pobre, ahogada por los sollozos, solo puede articular un grito: «Esposo mio!»

Rama entonces la habla con rudeza, la acusa de infidelidad y la ordena alejarse para siempre. Al escuchar tan crueles palabras, la casta esposa se indigna, su orgullo de raza se sobrepone al amor, y manda encender una hoguera para arrojarla en ella y someterse a la prueba del fuego. Los dioses, que aparecen en el cielo en ese momento, revelan a Rama su origen divino, increpan al héroe por sus dudas, y el Fuego, encarnado en un cuerpo, pone en brazos del noble príncipe a la mitilana, pura y bella como «el Sol niño». Largos años vivieron felices: acaso la única nube que empañaba de cuando en cuando el cielo de Rama, era el recuerdo de la ofensa que en un arrebato de pasión infringió a la mas adorable, casta y amante de las mujeres.

Espirales

Ascendiendo la ruta de la evolución, en un sitio que alumbraba la fama; marcha un joven viajador, un estudiante cuyos títulos de profesor en ciencias, letras y humanidades así como su elevada alcurnia, le brindan envidiable posición.

El mar iluso de la vida le ofrece a que el placentero oleaje con que arrulla siempre a la adolescencia cuando ella se anega en sus aguas por vez primera; y sin embargo, en cuanto siente la caricia de la irizada espuma, retrocede y corre a ocultarse entre los silenciosos amigos de la juventud: los libros. Y siguiendo el moderno espíritu de la época, contagia su criterio en las páginas de Buchner, Holbach, Huxley y otros cuyas teorías fueron tomando asiento en su naturaleza un tanto positivista.

Mas el ansia de saber lo lleva adelante y somete al análisis todas las enseñanzas. Se trasporta al mundo infinitesimal de la molécula endonde lo subyuga la maravillosa escala de la vida, forma y color que el lente prodigioso le descubre por la inventiva de Jansen.

Transcurren para él las veladas como meros instantes, siguiendo sus investigaciones allá en el seno del laboratorio, hasta que un día llega el luminoso despertar. Entre los microscópicos cuerpos de las sustancias que analiza contempla de pronto algo que se escapa a la mirada de la ciencia oficial, un mundo de energía no soñado siquiera por la escuela a la cual rinde culto su intelecto. Quiere explorar ese antro misterioso en cuyas fronteras ve

desmoronarse el materialismo y en un instante de entusiasta desvarío, invoca a los átomos pidiéndoles luz para enfocar esa esencia primordial que los origina, esa fuerza de cohesión que los atrae, que los une y palpita vigorosa en medio de ellos.

Maravilloso encanto! No bien han fraseado sus labios esta pregunta cuando su pensamiento es impulsado hacia esa misma verdad que busca.... Y en la penumbra de su alcoba, donde medita acodado sobre la mesa de estudio, ve disiparse los objetos que lo rodean, y entre vaga neblina aparece un portal custodiado por un niño y por un anciano.

—«Caminante,—le dice este último,—prontos estamos a tu llamamiento: has pulsado la puerta de la verdad con el aldabón de la ciencia, pasa.»

El rostro del novicio se llena de regocijo y desfoga su contento con esta frase:

—«Sí, sí, mensajero de luz, abrid que yo quiero aumentar mi saber.»

Pero la firme voz le detiene diciendo:

—«Vade retro, deja en el vestíbulo ese egotismo que aquí ni germina ni crece. Arroja lejos de ti el fardo de la personalidad antes de hollar este sendero, y olvida esos pliegos que ocupan tus manos y esas condecoraciones que adornan tu pecho. Así podrás escuchar la voz de tu Maestro».

Profundo silencio siguió a estas palabras.

La duda cruel le da su dentellada y al fin una grísea sombra ocul-

ta la luz intuitiva que ha poco rutilaba en su alma. Formula una protesta contra ese ser que lo induce a la sumisión y por ley natural se destine de aquella misma corriente que lo impulsaba hacia la verdad.

La tenue quimera se desbarata; la radiante aparición desaparece y torna el peregrino a sus labores;

pero como dulce reminiscencia que consuela su nostalgia una voz murmura muy quedo:

—«Nada se pierde, indomable pasajero de la existencia; todo se trasmuta. Infinitos son los atajos que conducen a este camino... Aguarda... que volverás mañana».

APAIKÁN *

Influencia de las artes en la educación de la mujer

Los grandes atractivos de la mujer son, indudablemente, una educación completa y un corazón embellecido por las virtudes.

La hermosura? Sí, la hermosura lo es también, pero su valor es efímero. Sócrates nos dice: «La hermosura es tiranía de poca duración, la mano del tiempo la pulveriza y quedan de ella frías e inodoras cenizas.» Y un escritor moderno agrega: «De una mujer hermosa puede sentirse el hastío, de una mujer buena y de talento, jamás se siente el cansancio.» El cultivo de las bellas artes influye mucho en la bondad de la mujer y podría decirse que es el complemento de una educación sana y bien dirigida.

La ignorancia es la orfandad del alma y empezaremos a evitarla familiarizándonos con la Naturaleza y enseñándonos a amarla. Ella es la madre de nuestro cuerpo y debe ser también nuestra maestra, una maestra cariñosa que goza al ver que sabemos comprender y sentir sus bellezas. Los verdaderos artistas no sólo las sienten sino que las

idealizan vistiéndolas con el encanto de la ilusión.

La prosa de la vida necesita sus horas de descanso y uno de los medios para variar las actitudes del trabajo cotidiano que son «las libertades de la cautiva voluntaria» como nos lo ha dicho Michelet, es el cultivo de las bellas artes; ellas serán el refrigerio del sufrimiento, el único bálsamo para las almas nobles, delicadas y generosas y un medio fácil para ganar la subsistencia.

La poesía, expresión artística de la belleza por medio de la palabra, ha existido y existirá mientras haya quien sepa observar, sentir y expresar los encantos del espectáculo grandioso de un amanecer; siempre que se contemple y describa la sublimidad de un cielo estrellado, las tristezas de la luna, la inmensidad del océano, los misterios de la no-

* De esta inteligente mujer costarricense doña María Fernández de Tinoco, ya CORDELIA ha tenido el honor de publicar otros trabajos. Será, sin duda alguna, una de las más asiduas y entusiastas colaboradoras.

che, el silencio de los cementerios, la ternura de los niños, los vestidos de las flores, el verdor de las plantas, la caída de las aguas... y mientras haya esperanzas, recuerdos y soñadores. Shelley dice: «La poesía es infinita... un gran poema es fuente inagotable de sabiduría y de encantos.» Para encontrar estos encantos debemos buscarlos leyendo muy despacio; y si llegáramos a comprender y sentir con el poeta, nuestro espíritu se elevaría y desearía muchas pasiones egoístas que lo agobian y lo deprimen. Cultivemos la poesía si queremos levantar el espíritu!

A la pintura debemos dedicarnos también. Una mujer que pinta, adornando su casa con las reproducciones de su talento y de su sentimiento asociados, asegurará indudablemente muchas simpatías por el ascenso que ha hecho en la escala de la bondad y en la de la cultura.

La música... el arte de combinar bien los sonidos para impresionar agradablemente el oído, ennoblece tanto los sentimientos, como la poesía y la pintura; como ellas es un lazo de unión en la familia, el per-

fume delicioso de la flor del pensamiento y algo tan sublime que la palabra misma no puede expresar. Según Lubbock es el lujo del rico y debemos esperar el día en que sea el consuelo y solaz del pobre. Quién no se siente impresionado ante los encantos de la música y ante las bellas melodías de una canción? El corazón se conmueve y el espíritu se ensancha. Felices quienes pueden hacer experimentar a los demás esa dicha! La mujer, especialmente, por medio de la música lleva a su hogar una atmósfera tibia y suave, cuyo encanto será un retentivo para los suyos.

Llenemos nuestra alma de virtudes para que nos proporcionen una alegría inefable y no olvidemos que las bellas artes deben ser a la vez sépalos y perfume; sépalos, porque completan y envuelven, y perfume, porque hacen mas llamativa y agradable a la flor de la educación.

La virtud es una planta que para fructificar, necesita recibir los ardientes rayos del Sol de la educación.

AUSTELINA SALAS *

A una amiga

En su cumpleaños

En este valle de dolor y gozo,
es el amigo fiel participante
de la dicha y pesar del semejante,
de la sonrisa al par que del sollozo.

Mi corazón, oh amiga, hoy te desea
de encantos mil, eterna primavera;
alegre, muy feliz, muy placentera,
quiere mi pecho que tu vida sea.

Aprovecho esta grata coyuntura
para elevar mis súplicas al Cielo,
pidiendo para ti con todo anhelo
largos años de paz y de ventura!

ESTER ORTIZ **

* Otra distinguida costarricense que será una de las más talentosas colaboradoras de CORDELIA.

** Distinguida alumna de la Escuela Normal de Señoritas de San José, que cultiva con cariño y con éxito las letras.

Las mujeres y la vida

Una conversación que sostuve en cierta fiesta con una niña y dos jóvenes, me ha hecho reflexionar luego detenidamente. Ahí, en la fiesta, no era posible profundizar el tema, pero cada uno, sin embargo, expuso sucintamente sus opiniones.

Se trataba de la vida.

Es cierto, es un temita! Se presta a tantas *interpretaciones, deducciones, inducciones, dilucidaciones* y otros «*ciones*», que!...

En fin, X, uno de los jóvenes, sostenía con *esprit* que entre la vida moral e intelectual de ambos sexos hay una diferencia enorme, y que nunca—salvo rarísimos casos—nosotras vivimos intensamente. Que sólo vive así una intelectual—o una cerebral, mas justamente,—y eso, saliéndose del ambiente de la familia y mofándose de los convencionalismos mundanos; sin que pudiera quitársele el ser profundamente honesta, apesar de posibles apariencias contrarias. Pero añadía que el mayor peligro, y el mas temible enemigo para esa clase de existencia pregonada inapreciable, privilegio de los hombres cultos e inteligentes que analizan cuanto les ocurre, que disecan con placer sus ideas y ávidamente piden a la vida continuas sensaciones, es para la mujer la belleza. Que cuantos mas atractivos tenga y cuanto mas femenina sea, menos probabilidades ha de tener la mujer de participar plenamente de las manifestaciones de la actividad humana, confinada en el estrecho círculo en que los

cumplidos y homenajes a ella tributados por el sexo fuerte la mantienen.

Protesté y Z. también, porque a lo enunciado debían ponérsele restricciones. La otra niña opinaba, que como lo decía X., era monótona la existencia de las damas, quienes tienen que contentarse con los mismos cuidados domésticos y deberes sociales durante todos los días de su vida, y que en esas rutinarias ocupaciones matizadas de frívolas distracciones está todo el interés a ellas permitido. Que cuanto mas avanzamos en modernismo, mas superficiales nos volvemos: cada día la importancia que damos al atavío es mayor, y siendo el lujo una cuestión de emulación, y siendo el buen gusto, resultado de esos torneos de exhibicionismo en que las actuales generaciones se complacen, los trapos, la sociabilidad y la maledicencia absorben nuestro tiempo, quitándoles estas ocupaciones preponderancia a la iglesia y sustituyendo a las beatas de antes, las *interesadas* de ahora.

A mi ver, razón tiene esta niña en esto último.

En otro tiempo el tranquilo modo de ser de nuestras ascendientes predisponíalas a las piadosas prácticas a que se entregaban sinceramente. Eran las beatas, pero las beatas convencidas, aureoladas del respeto que cualquier causa, cualquier creencia, cualquier rito se merecen sin distingos; únicamente porque toda causa es sagrada desde el momento que tiene adeptas y

apóstoles convencidos, y como tales, dignos de tolerancia, aunque aparezcan ridículos o absurdos.

En cambio las mujeres de hoy no practican, en general, con fervor. Por mil causas su fe está debilitada y vacilante, ... y sólo demuestran su religión — que todo extraño puede fácilmente controlar — *por si acaso*, ... por si llegan los malos momentos, las horas de angustia, de dolor, y los días en que confiar en algo providencial es un bálsamo, y un consuelo refugiarse en una suprema luz de esperanza. Ello es, además, practicando con el *mínimum* de molestia y dedicación, asegurarse la salvación del alma... Así lo creen al menos. Como si a Dios engañaran tales arreglos y se pudiesen conciliar sus mandamientos con el género de vida que hacer quieren; y olvidando que mas vale una plegaria espontánea en un retiro voluntario, aunque sea espiritual, o una buena acción, que grandes demostraciones y ostentorias limosnas en un templo al que, para llegar, y ya en el, todo distrae del fin que allí conduce!

Mas, dejemos esto, ya que no sólo de religión está hecha la vida. Intervienen en ella muchos otros factores de equivalente importancia.

La existencia femenina comprende luchas, esperanzas, desconsoles, injusticias y deberes. Tiene responsabilidades; solamente que algunas mujeres las aceptan y otras no. Las primeras son las buenas y cuerdas, las que estiman que cumplir produce satisfacción, y que aun en el sacrificio se hallan encantos y recompensas. Las demás no admiten contratiempos, ni trabas a sus deseos, ni contemporizan

con sus exigencias: quieren, mandan, disponen; usan para todo el modo imperativo. Puede ser que algunas lo hagan por necesidad, o por instintiva tendencia a probar su autoridad y no por despotismo consciente.

El genio del bien existe, y mas de lo que se supone, felizmente. La mujer es un ser de paz cuyas dulzuras y debilidades, cuyos mandatos y plegarias influyen en la marcha del mundo. Provoca la emulación entre los hombres y, al encender en sus corazones la llama divina, despierta sus ambiciones. El escollo para ellas está en saber utilizar sabia y lógicamente el florecimiento de la «*petite fleur bleu*» del sentimiento *para y por* el bien, impidiendo que la marchiten las villanías y el lodo inevitable del camino. Si supiesen mantener esos sentimientos en constante tensión no tendrían necesidad, entonces, de reivindicar derechos iguales a los del hombre, ni la de competir con éste, usando medios violentos y menos eficaces para persuadir, que las dulces palabras y los hechos ejemplares. No es un miedo de vencidas; no es resignación esta táctica. Es la táctica de la razón, de la ley neutral, la que nos hace la compañera del hombre, su complemento, y no la enemiga o la competidora, la usurpadora, en fin, de sus derechos y privilegios.

En París se acaba de representar con éxito una comedia en tres actos titulada *La mujer sola*. Su autor es Henri Brieux, escritor y sociólogo, autor de otras veinte obras interesantes y profundas que declaran su amor al prójimo y su sobreviviente optimismo apesar de los desencantos que un largo contacto con la vida hubiese podido darle.

He leído *La mujer sola*.^{*} Es la historia de una joven de 20 años que, inesperadamente—y por cambios de fortuna—se ve obligada a cambiar de medio. Tiene un novio que la quiere sinceramente. Pero sin dote ella, no pueden casarse, porque el es incapaz, por el momento, de aportar lo necesario y porque no tiene el valor de resistir a la decisión de sus padres que en eso ven un negocio «undesirable». La niña, en una escena muy bella, le da ánimo y le propone, realizada la unión, luchar juntos, aunar sus esfuerzos y juntos gritar *victoria!* si triunfan.—«... Hasta que hayamos conquistado juntos un bello sitio en el mundo, un sitio que sólo nos deberemos! Tengamos la nobleza»... Ella se detiene; el no vibra ante esa perspectiva... Y desechando la joven la posibilidad de una vida incolora, tranquila y monótona en el seno de su familia de adopción, opta por la lucha. Vive sola y es redactora en un diario feminista adonde sus aficiones literarias la llevaron. Y sufre valientemente. Y lucha. Lucha estoicamente contra los hombres, contra sus pretensiones, contra su brutalidad; y también contra el egoísmo y la hostilidad de los burgueses. Tiene, sola, que defender su virtud y ganarse el sustento, y, vencida, confesarse que la emancipación femenina es un mito, que la mujer no puede subsistir como contrincante del hombre. Encuentra de nuevo a su ex-prometido transformado, quien, ahora enérgico y valiente, vuelve a solicitar su mano... y cede la muchacha, por-

que la mujer sola en la vida contemporánea...

Mas que otra cosa esta comedia demuestra cuán en lo cierto estaba X. al decir que la mujer no vive intensamente y que su mayor enemigo es la belleza. Teresa, la heroína de Brioux, es una muchacha encantadora, cuyos atractivos la exponen a inevitables disgustos y exigen de su voluntad esfuerzos agotadores; teniendo, después de todo, que confiar su persona a su enemigo convertido en protector.

Las que cifran sus afanes en libertarse, que reprimen su sensibilidad, que se imaginan llegar solas a la meta por sus propios méritos, son las que a su turbulencia nativa unen los ideales que un medio cosmopolita y complejo les ha inspirado. Esas tendencias son frutos de extrañas lecturas, son utopías que los libros divulgan y que en la práctica resultan contraproducentes. Algunas viven intensamente, ya lo creo!... pero son las anormales, las que están al margen de nuestras costumbres. Deberíamos desear que esas fueran solamente las que no pueden hacer de otro modo por la situación que se han creado, o las ambiciosas poderosamente convencidas de sus cualidades y de la vocación irresistible que las dirige, y con una fe tan grande en el porvenir y en el éxito, que puedan con sus aseveraciones y sus inatacables actos, neutralizar nuestras desconfianzas.

A esas no mas se les perdonará el singularizarse, y se les agradecerá a las otras, a las que creemos piensen sanamente y no usurpan atribuciones ajenas, al conformarse con el antiguo y tradicional régimen femenino.

El papel de la mujer es impor-

^{*} Las lectoras de CORDELIA que desearan conocer esa interesante obra, en francés, pueden pedirla al Director de esta Revista, quien la facilitará gustoso.

tante como tal, sin que necesite inmiscuirse en otros, en los cuales, a cada rato, para afirmar su sinceridad e inocentarse, tiene que exhibir o recordar a los que la acechan, la divisa de los Príncipes de Gales;... en que para desconcertar a la gente y atar las lenguas imprudentes, tiene que decir perennemente: «Honni soit qui mal y pense!»

Las mujeres debemos tratar de ser felices haciendo felices a los demás, que es, dicen, el mejor medio de serlo. Tenemos el deber de mejorarnos moral, intelectual y materialmente y contribuir así a la alegría de los seres cultos, imprimiendo a cuanto nos rodea un sello de belleza y de refinamiento.

El don sagrado de las lágrimas no lo rechazamos, pero sepamos reprimir nuestra sensibilidad a veces inoportuna; en la solemnidad de ciertos actos estemos a la altura de su importancia, y aprendamos a refrenar nuestros nervios ante los crueles obstáculos con que forzosamente hemos de tropezar.

Decididamente nuestro imperio

es el hogar. Hagámoslo agradable aprovechando las enseñanzas que de nuestras madres hemos recibido; la satisfacción de transmitir el buen ejemplo, de influir en generosidades, mitigarán nuestros posibles sacrificios.

Luego, cuando los años ya han pasado, y cuando la vida declina, es muy dulce poder sentir a nuestro alrededor el cariñoso respeto de todos. Es una satisfacción saber que el tiempo fué correctamente empleado, que se han vencido los malos impulsos, descartado las tentaciones, y que aun se retiene, por la palabra, la amabilidad, la cultura y el *savoir faire*, a los que se subyugó de joven y a la nueva generación también. El corazón y la inteligencia no cuentan años; por eso, cuando sobre la juventud pasaron décadas y marchitaron los atractivos físicos, aun quedan, si no la armonía de las líneas y la vivacidad de la juventud, algo que retiene también: los encantos del alma.

FANNY POUCHAN *

Una fotografía

Oh! imagen gentil de mi amado perdido, imagen que el sol inconciente grabó con sus dardos; al contemplarte, amado rostro mudo de ojos luminosos, pienso en aquellos días, ya lejanos, en los cuales te embellecía una sonrisa fugaz, en los cuales tus labios repetían con dulce acento el nombre mío. Querido rostro de los ojos luminosos, dulzura

mía! Al través de mis lágrimas te contemplo y al considerar que tu no me miras, se me deshace el corazón.

BRUNA (*)

* Escritora argentina muy bien intencionada como lo demuestra el artículo que hoy publica CORDELIA.

** Pseudónimo de la gentil poetisa Clementina Laura Majocchi, hermana de la conocida escritora italiana María Plattis; es autora de varios libros de poesías y es además una magnífica violinista.

De la escuela

Las tareas de la mañana han terminado. La escuela abre sus puertas y un enjambre de pequeñuelas, bulliciosas y ligeras se lanzan a la calle. Mézclanse allí, fraternalmente, la del lindo rostro sonrosado, del trajecito elegante y la pobre desheredada, flacucha y andrajosa. Hablan, ríen, refunfunian; todas corren, todas se agitan. Quieren, llegar, las unas, sin tardanza a su casa, allí impaciente el cariño, la bondad y todo cuanto la abundancia proporciona las aguarda. Y las otras las pobres desvalidas por que se animan también? Por que sonríen sus caritas pálidas y brillan sus ojos? Porque también a ellas, allá en el Edificio, las esperan corazones benévolos y platos humeantes, colmados de sabrosos alimentos.

Niños y niñas, impacientes, muertas de hambre, rodean grandes mesas; la caridad habla, y pronto los pequeñuelos sonrñen con la boca llena. Satisfechos ya, la bandada se desliza bulliciosa, dejando tras sí, murmullo de risas frescas y de rosas suaves. Himno armonioso, que se eleva, hacia la Directora infatigable y abnegada, hacia la buena amiga de los niños que luchó sin descanso, para proporcionar, al abandonado, alimento al espíritu y bienestar al cuerpo. Himno de vida, que envían aquellos corazones agradecidos, hacia su bienhechora.

MATILDE BONNEFIL

Delicada señorita costarricense, orgullo del magisterio patrio.

Los lieder

Voy a distraer vuestra atención con algunas brevísimas consideraciones acerca de los «lieder».

Como bien sabéis, esta palabra equivaldría en italiano y español a romanza, si al traducirla se tradujese a un tiempo, y sin desvirtuarlo, el sentido mismo que ella expresa.

Pero como tal no acontece, paréceme razonable adherirme al uso que ha impuesto la palabra «lied» a todos los idiomas, conservándole así el significativo que le es propio. Cuanto se aparta el de las formas que intentaron traducirlo, amol-

dándolo a otras condiciones, a otras sensibilidades artísticas, esto, aunque en rápido bosquejo, he de apreciarlo en seguida.

La romanza italiana que tanto seduce a los aficionados al arte del canto, por su exuberancia como por sus candentes espontaneidades armónicas, es sensual, y por lo mismo de una sentimentalidad a flor de piel. Sus efectos y colorido la muestran casi siempre teatral, y (como que lo teatral riñe con lo trágico) rarísima vez trágica.

El «lied», descartada toda cuestión de origen—(probablemente ger-

mánico)—es actualmente una manifestación de arte anglo-sajón, que como tal arte lleva consigo sus características.

Son éstas, en primer término, la sencillez y la veracidad. Sencillez que suscita el respeto, ingenuidad que, aun cuando llegue a caer en puerilidad, lleva siempre consigo el hábito purificador del amor a lo verdadero.

Esta delicadísima forma del arte de la música está formado de medias tintas, de matiz.

No diré por contraposición que cabe en el «lied» mayor sobreentendido que en la romanza italiana, sino diré que es el sobreentendido lo que a él le presta su principal encanto.

Su delicadeza fluye de una sinceridad refinada y sutil, manifestándose en suaves y como traslúcidas armonías. Dulce recogimiento invade el ánimo subyugado por la penetrante seducción de la intimidad.

Y he tocado ya la mayor distinción. Porque al «lied» es su intimidad la que, por fusión podría decirse, de todas las otras cualidades, mejor lo individualiza.

Y si fuese menester expresarlo en una sola palabra, no es acaso la intimidad lo que más distingue la expresión artística de las razas del norte?

La inclemencia del clima, aquellos largos y crudísimos inviernos de cielos plúmbeos, endonde sólo de tarde en tarde y por breves momentos asoma un sol descolorido, las nieves, el cierzo... son condiciones que favorecen la vida interna y meditativa.

Intensificase la vida del hogar. Como para mejor oponerse a los rigores de la naturaleza, el calor de los corazones acerca a los que vi-

ven bajo un mismo techo. La unión se establece a base de una religiosa escrupulosidad en la práctica de costumbres cotidianas consolidadas a través del tiempo.

Y así como la vegetación de aquellos desolados países, enjuta, yérguese poco sobre el haz del suelo, así sus habitantes, parcos en manifestaciones exteriores, viven por adentro una vida soterraña, como si el espíritu tendiera a volverse todo raíces.

En el paisaje, la monotonía del ambiente, lejos de amenguar el colorido, lo intensifica. No en la diversidad y profusión de tonalidades opuestas, claro está que no, pero sí en la diversidad de leves y delicadas graduaciones, merced a las cuales, matices semejantes se aproximan, se atraen y sostienen, los unos a los otros, hasta fundirse al fin en una sola y única impresión de armonía.

Sumidas en las nieblas y recogidas en sí, las almas sienten el terrible peso de su aislamiento en el vasto mundo, sienten la real soledad acongojante, y con ella el sentido trágico de nuestra existencia.

Allí, bajo el cielo cerrado, en el ambiente desapacible, como la pancracia, triste y perfumada flor de terrenos sombríos, florece el «lied».

Es una protesta quejumbrosa y resignada a un tiempo contra el destino, y no contra el destino que por excluir de sí al de los otros es sólo aparentemente de uno, sino contra el destino propio de veras, que es el de todos.

Es una queja de dolor infinito. Dolor... cuál dolor?... Dolor de nieblas y de soledad, dolor de vidas que ignoran su objeto... supremo dolor!

El hombre siéntese pequeño, in-

fimo, ante el misterio que le esconde su propia razón de ser, y entonces, con sencillez e intimidad, nacidas al calor doméstico, exhala en el «*lied*» sus penas.

Por una natural asociación de ideas, se despierta en mi memoria el recuerdo de una poesía de Cristina Rossetti, la poetisa, inglesa de espíritu y de nacimiento, si bien con sangre italiana, aquella maravillosa mujer, para quien profeso una veneración que toca ya los límites de la idolatría, y a la que sin duda conoceréis.

Y he dicho que la asociación de ideas que me trae en este instante su recuerdo es natural, porque dentro de lo verdadero que pueda haber en tales relaciones afirmaríais yo que estos versos son a la poesía lo que el «*lied*» es a la música. Por si no la conocéis ya, os dará la admirable traducción castellana de Diez Canedo. Titúlase «*Canción*», y dice así:

Si muero, canciones tristes
no cantes, amado mío
ni sobre mi tumba plantes
rosas, o ciprés sombrío.
Cúbrame yerba, de flores
y rocío humedecida.
Y tu si quieres, recuerda,
si quieres, olvida.
Yo no sentiré la lluvia
ni la sombra he de gozar,
ni al ruiseñor que parece
dolorido oír cantar.
En la penumbra sin alba
ni ocaso yo soñaré.
Y allí recordaré acaso
quizá olvidaré.

Puede concebirse expresión alguna más delicada e impersonal de dolorosa resignación? «El ruiseñor que parece dolorido.» Y que no pa-

rece dolorido a quien pensó de veras en la muerte? Ni canciones tristes, ni rosas, ni ciprés sombrío, sino lo menos vano, quiere la yerba que naturalmente crece sobre las tumbas y que las lluvias y el rocío humedecen. «Y tu, si quieres, recuerda, si quieres olvida.» Sin gozar de la sombra, ni oír el canto del ruiseñor, sin sentir la lluvia, soñar en la penumbra, en la penumbra que no tiene alba ni crepúsculo. «Y allí recordaré acaso, quizá olvidaré.»

No, no he de profanar con análisis ninguno tan melancólica y suave canción. Mujeres que me escucháis, respetaré el sentimiento que os haya inspirado. La mujer comprende bien a la mujer.

Esta «*Canción*» es un «*lied*». En ella veis reunidas todas las cualidades características. Sencillez, veracidad, delicadeza, sobreentendido, intimidad. Ni siquiera puede decirse que la música falte, pues el sentimiento emana de ella en una forma de armonía que es realmente musical. Como musical era el alma de aquella mujer incomparable, toda ella misma profunda, purísima, perenne armonía.

Y para concluir, ya que un estudio prolijo de tan interesante asunto sería inadecuado a las circunstancias, rememoraré con vosotros los nombres de Schubert, Brahms, Greig, Schumann, Strauss, Chopin, maestros íximos del «*lied*», añadiendo algunas breves consideraciones acerca de la interpretación del mismo.

Faure, Debussy, como casi todos los autores modernos, aunque la hayan tratado, se alejan en mi sentir de la verdadera forma de este arte vocal por responder a tendencias intelectuales y de tecnicis-

mo, en una palabra por carecer de sencillez.

Mayores puntos de contacto hallaríanse en las antiguas arias italianas y particularmente en Picinni y Martini. El primero aseméjase bastante a Gluck, apesar de haber sido su acérrimo rival. Y Gluck, sabéis que representa una de las mas altas cumbres del arte vocal de todos los tiempos.

No se me oculta, por supuesto, la mayor objetividad y fría perfección de estas arias antiguas, a las que hago referencia; mas aun, así opino que están ellas mas cerca del «lied» que no lo está, por lo general, la música moderna.

Las inmensas dificultades que ofrece la interpretación del «lied» estriban en que requiere un órgano vocal trabajado, homogéneo y flexible. La técnica del canto es larga y sembrada de escollos, en lo que se refiere al órgano de la voz, y en lo que se refiere a la música propiamente dicha, ha de alcanzarse la

técnica justa, verdadera, que no es otra que aquella que lleva a desentrañar el propio espíritu. No sólo es menester dominarla, sino que además es indispensable que en la voz aliente un alma que haya sufrido grandes dolores. Y lo que sea esto de grandes dolores, no es para dicho en pocas palabras.

Con el dominio de las minuciosidades técnicas del arte del canto podrá darse la ilusión a los no entendidos—que suelen ser críticos y hasta críticos de fama;—pero la veracidad del sentimiento no se falsifica para un espíritu delicado, y el corazón que siente distínguese precisamente en esto: en que reconoce y reverencia al corazón hermano, aunque lo vea escondido bajo pobre o inadecuado ropaje.

DELFINA MOLINA DE BASTIANINI *

* Escritora argentina que pronunció la conferencia que publicamos, en el salón del Ateneo Hispano-Americano de Buenos Aires.

SUMARIO del número 12

Eleonora Duse	La Dirección
Mujeres Ideales: Marcela	Miguel de Cervantes
La de entonces	Amalia Guglielminetti
El feminismo	Alberto Brenes C.
Versos	Delmira Agustini
Palabras de una mujer moderna	Monna Vanna
Isadora Duncan	Hernán de Bengoechea
Las tres hermanas	Ana Rosa Chacón

Cordelia

sale en los primeros días de cada mes; la suscripción anual es de un colón anticipado; toda suscripción empieza con el primer número. El suscriptor que consiga dos nuevos suscritores recibirá de regalo una obra nacional. Dirijirse, para todo lo concerniente a suscripciones, al Director, en Heredia.